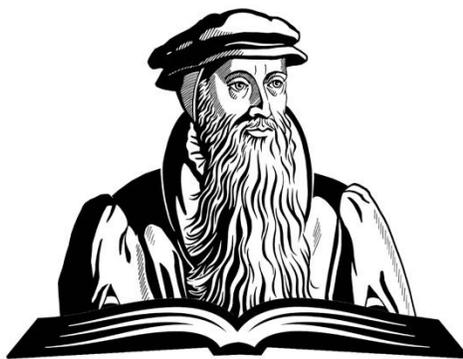


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:
EL CATECISMO MENOR
DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 54:
LA ORACIÓN DEL SEÑOR: LA PRIMERA PETICIÓN
Pregunta 101



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
- 54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101**
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

54 LECCIÓN

LA ORACIÓN DEL SEÑOR: LA PRIMERA PETICIÓN

P. 101. *¿Qué pedimos en la primera petición?*

R. En la primera petición (que es: «Santificado sea tu nombre») rogamos: Que Dios nos capacite a nosotros y a los demás para glorificarlo en todo aquello que usa para darse a conocer; y que disponga todas las cosas para su propia gloria.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 54:

En nuestra última lección, examinamos el fundamento de la gracia para una oración verdadera. En nuestra lección de hoy, estudiaremos la primera petición que Cristo les enseñó a orar a sus discípulos. Y así, pasamos de la exhortación a un acercamiento con Dios, por medio de Cristo, por supuesto, por medio de la fe, para ahora considerar qué es lo que debemos presentar a Dios cuando nos acercamos a Él. Esto nos ayudará a entender las cosas por las que debemos orar. ¿Qué debemos desear cuando nos acercamos a Dios? ¿De qué deben estar llenos nuestros corazones cuando los derramamos delante de Él?

También notarás, a medida que avanzamos en *la oración del Señor*, que hay una especie de estructura que el Señor nos está haciendo comprender. Recordemos cómo los diez mandamientos tienen una estructura, pues los primeros cuatro mandamientos se refieren a los deberes que tratan más directamente con Dios mismo; y luego se tratan los deberes que tienen que ver más con nuestro prójimo. De manera similar, *la oración del Señor* comienza con peticiones

relacionadas con Dios y sus intereses, y luego pasa a aquellas cosas que nos conciernen más directamente a nosotros. Esto no significa que debamos seguir siempre este orden en nuestras propias oraciones. Pero sí significa que deberíamos aprender a equilibrar nuestras oraciones, y que deberíamos pensar ante todo en Dios y en su gloria, antes de pensar en aquellas cosas que nos preocupan a nosotros mismos.

Nuestra pregunta de hoy es la 101, dice: «¿Qué pedimos en la primera petición?». La respuesta es: «En la primera petición (que es: “Santificado sea tu nombre”) rogamos a Dios que nos capacite a nosotros y a los demás para glorificarlo en todo aquello que usa para darse a conocer; y que disponga todas las cosas para su propia gloria». Puedes encontrar esta petición tanto en Mateo 6, versículo 9, como en Lucas capítulo 11, versículo 2: «Santificado sea tu nombre».

La palabra traducida como «santificado» es la palabra que a menudo encontramos traducida como «que sea santo», y en otras formas, «ser santo». Es importante entender que se trata de una petición, una súplica. Aunque sería una verdad decirle a Dios, «Tu nombre es santo,» como una declaración de hecho y alabanza a Dios, esto es una petición, lo que significa que le estamos pidiendo a Dios que haga algo. Y lo que le pedimos es que santifique, es decir, que santifique su nombre, que lo trate como algo santo. Las palabras «santificado sea» están diciendo: «Que así sea». «Que así sea, Dios, que tu nombre sea tratado como algo santo en medio de nosotros». En otras palabras, le estamos pidiendo a Dios que realice algo. Estamos diciendo, en efecto, «Señor, haz que tu nombre sea tratado como lo que es, que sea tratado como algo santo». Así que, le estamos pidiendo a Dios que haga que su nombre sea santificado en este mundo, que haga que los hombres, que nosotros mismos y los demás, lo tratemos como algo santo.

Queremos ver tres cosas en nuestra lección. Primero, *recordando el significado del nombre de Dios*; segundo, *promoviendo el honor del nombre de Dios*; y tercero, *asegurando toda la Gloria al nombre de Dios*.

1. Recordando el significado del nombre de Dios

En primer lugar, *recordando el significado del nombre de Dios*. «Santificado sea tu nombre». Recordemos, esto es pedirle a Dios que su nombre sea tratado como algo santo. Sin embargo, no es simplemente pedir que las sílabas asociadas con el nombre de Dios sean usadas de manera santa. Seguramente incluye eso. Cada vez que hablamos de su nombre, de sus títulos, de sus atributos, de su palabra y de sus obras, deberíamos usar esas palabras de manera reverente. Cada vez que hablamos de Dios, de Jehová, de Jesús, del Espíritu Santo, debemos usar estos nombres y títulos con reverencia. Nunca deben tener lugar en una broma. Pero esto es sólo una parte del significado del nombre de Dios.

Observemos cómo el *catecismo* incluye esta expresión: «en todo aquello que usa para darse a conocer». Recuerda que un nombre identifica a alguien. En esta vida, con el tiempo el nombre de una persona se llena de significado para nosotros por lo que la persona es y hace, o ha hecho. Un nombre da a conocer a alguien y, con el tiempo, se convierte en una forma abreviada de referirse a todo lo que la persona es. Espero que al menos hayas empezado a memorizar los diez mandamientos. Y si lo estás haciendo, o si ya lo has hecho, recordarás el tercer mandamiento: «No tomarás el nombre del Jehová tu Dios en vano». Recordemos que la respuesta a la pregunta 54 del *Catecismo menor* decía: «El tercer mandamiento requiere el uso santo y reverente de los

nombres, títulos, atributos, ordenanzas, palabra y obras de Dios». La respuesta a la pregunta 55 afirmaba, además: «El tercer mandamiento prohíbe toda profanación o abuso de cualquier cosa por la cual Dios se da a conocer». Notarás una relación entre «Santificado sea tu nombre» y «no tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano». Por decirlo de otra manera, por el nombre de Dios se entiende todo aquello por lo que Él se da a conocer. Se da a conocer por su nombre, Jehová, el único eterno, fiel a su palabra; Jesús, que significa Jehová salva, o Jehová es salvación.

Sin embargo, también se da a conocer a nosotros por sus títulos y atributos. Es el Juez de toda la tierra, Él es el santo, Él es Dios Todopoderoso. Leemos en las escrituras que Él es sabio, y bueno, y muchas otras descripciones vienen a nosotros. Lo conocemos porque Él se da a conocer a través de sus ordenanzas y su palabra. La lectura y la predicación de su palabra nos dan a conocer a Dios. Su voluntad, sus mandamientos y sus promesas, todo se muestra en sus escrituras. Le conocemos por sus obras. Al meditar en la creación, comprendemos que Dios es sabio, poderoso, eterno y soberano. Su obra de redención muestra su justicia y su misericordia, de manera que es tanto «justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Romanos 3:26).

Bien, todo esto se une en una muestra armoniosa de quién es Dios. Esto es lo que pedimos cuando decimos en oración: «Santificado sea tu nombre». Estamos diciendo: «Que todo aquello por lo que te das a conocer sea santificado y tratado como algo santo por todos». Piensa en lo maravillosa que es esta petición. Deseamos que los hombres teman a Dios con reverencia cuando se lee su palabra, deseamos que los hombres teman a Dios con reverencia y honor cuando oigan pronunciar su nombre. No sólo deseamos que se deseche toda profanidad, vanidad y uso casual del nombre de Dios, de sus títulos, atributos, ordenanzas, palabra y obras; deseamos que los hombres se llenen de reverencia. Esto es por lo que oramos.

2. *Promoviendo el honor del nombre de Dios*

En segundo lugar, *promoviendo el honor del nombre de Dios*. Toda petición implica una necesidad. Si hacemos una pregunta en clase a nuestro profesor, estamos diciendo, lo digamos explícitamente o no: «Necesitamos su ayuda, porque nos falta entendimiento». Un niño puede querer recorrer una distancia larga en coche, pero no puede conducir un coche, así que pide a su madre o a su padre que lo lleven. Que lo pida demuestra que no puede hacerlo por sí mismo, necesita la ayuda de alguien más. Hemos oído historias de personas que se encuentran en situaciones muy difíciles, en peligro, y piden ayuda a gritos. ¿Por qué piden ayuda? Porque no pueden salvarse a sí mismas. Pues bien, la misma idea nos ayuda a entender ésta y todas las peticiones. Cuando pedimos a Dios: «Santificado sea tu nombre», estamos confesando que no podemos hacerlo por nosotros mismos, aunque lo deseemos, aunque sepamos que es correcto, estamos confesando que no tenemos el poder en nosotros para tratar el nombre de Dios como debería ser tratado.

Además, miramos a nuestro alrededor, y vemos de cuantas maneras el nombre de Dios es profanado por otros. Vemos cómo es ofendida su Biblia, y vemos cómo es ofendido su nombre. Sus ordenanzas son burladas y profanadas. Empezamos a darnos cuenta de que no hay poder humano capaz de cambiar esto. Entonces, ¿qué hacemos? Bueno, nos damos cuenta de esta verdad, de que no podemos hacer nada por nosotros mismos. No podemos hacer que nosotros mismos tratemos el nombre de Dios como algo santo, ni podemos hacer que otros lo hagan. Lo que debemos hacer, sin embargo, es acudir a Dios, que es el único que tiene el poder de realizar

este cambio en nosotros y en los demás. Y acudimos con una simple petición: «Hazlo». Le pedimos que lo haga. No lo negociamos con Él. No le ofrecemos comprarle este don de alguna manera. No hacemos promesas de lo que vamos a hacer por Él. Simplemente venimos y le pedimos que lo haga.

Observemos que el *catecismo* nos indica cómo lo hace Él, pues le pedimos que «nos capacite a nosotros y a los demás para glorificarlo en todo aquello que usa para darse a conocer». Básicamente, esto es pedir dos cosas relacionadas.

La primera, pedimos que convierta a los que están muertos en sus pecados y se oponen a Dios. No hay esperanza de que un pecador inconverso glorifique activamente a Dios sin la gracia salvadora que Dios le ha dado. Así que, Dios debe convertir primero al pecador. Esto puede animarnos si somos inconversos. Podemos ir a Dios y decir, «Haz que tu nombre sea tratado como algo santo por mí, conviérteme. Glorificate en esto». Esto puede ayudarnos cuando oramos por otros. «Señor, haz que tu nombre sea honrado en la vida de este que actualmente es inconverso». Porque la única manera de que ellos personalmente, activamente, y deliberadamente traten el nombre de Dios como algo santo es que Dios los convierta; cuando Él abre sus ojos para ver y entrar en el reino de los cielos, por gracia, a través de la fe en Cristo. Así que esa es una cosa que estamos pidiendo.

La segunda cosa es que le estamos pidiendo que continúe su obra santificadora en los ya convertidos. Un creyente es aquel que ha confiado en Jesucristo como su salvador. Dios lo ha llamado eficazmente, y por la gracia de Dios, se ha convertido de su pecado a Dios en Cristo Jesús. Sin embargo, este no es el fin de la obra de la gracia de Dios. Recordarás que Dios continúa santificando a su pueblo. Esto es lo que suplicamos en esta petición. Si somos creyentes, estamos reconociendo que todavía necesitamos la obra continua de la gracia de Dios en nosotros. Si nos deja solos, reconocemos que recaemos y volvemos al pecado. Él debe continuar trabajando en nosotros. Él debe vivir y morar dentro de nosotros. Recuerda lo que dijo Cristo: «Permaneced en mí, y yo en vosotros» (Juan 15:4). Nos compara con los pámpanos de la vid. Si el pámpano no permanece en la vid, no puede dar fruto. Así sucede con nosotros. Necesitamos que Cristo nos suministre su gracia. Así que, lo que pedimos es: «Para que yo crezca en santidad, en santificación, necesito que tú lo hagas. Permíteme, aunque sea creyente, hacer estas cosas».

Tenemos motivación en la Biblia para buscar a Dios respecto a esto, no sólo en esta petición, sino en una promesa que encontramos en Filipenses 2, versículo 13. Pablo escribe allí: «Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad». Esto es lo que le estamos pidiendo a Dios que haga: que obre en nosotros, y haga que sea nuestro deseo y nuestra acción honrarlo.

Si somos creyentes, también le estamos pidiendo que lo haga en nuestros hermanos y hermanas. Recuerda, «Padre nuestro». Y así, le estamos pidiendo que haga esto, no sólo con nosotros individualmente, sino también con todos nuestros hermanos y hermanas. Al igual que nosotros, ellos necesitan de la gracia continua de Dios. Si hemos de crecer juntos en el uso santo de «todo aquello por lo que Dios se da a conocer», esto sólo sucederá en la medida en que Dios nos capacite para ello por su gracia.

Recordemos la primera pregunta del *catecismo*: «¿Cuál es el fin principal del hombre?». Pues bien, espero que a estas alturas seas capaz de responderla: «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él para siempre». Observa esta conexión. La única manera en que podemos cumplir nuestra vocación más elevada, nuestro fin principal de glorificar a Dios y gozar

de Él para siempre, es mediante la obra misericordiosa de Dios en nosotros. Para que podamos glorificar a Dios, necesitamos que Dios sea misericordioso con nosotros, no sólo una vez, sino por siempre. Aquí encontramos una motivación. Cristo nos está enseñando a acercarnos a nuestro Padre celestial con esta petición. ¿No nos dice esto, que Dios está dispuesto a hacer esto en nosotros y por nosotros? Por lo tanto, esta petición contiene una gran motivación, que Dios nos concederá la gracia necesaria para que podamos glorificarle y gozar de Él. Y cuando por fin es un hecho que somos llevados a glorificarlo y disfrutarlo, ¿qué debería producir eso en nosotros, sino alabanzas y gratitud? Gracias, Dios, ¡porque crecemos al santificar tu nombre! ¡Oh, que Él nos conceda fe para confiar en Él mientras oramos por ello!

3. Asegurando toda la gloria al nombre de Dios

En tercer lugar, *asegurando toda la gloria al nombre de Dios*. Es una bendición saber que Dios obra en su pueblo. Él lo capacita, Él hace que quieran y hagan todo lo que a Él le agrada, Él los hace un pueblo dispuesto, y todo esto es por su gracia, a través de Jesucristo. Y lo que esto significa es que ellos, por la gracia de Dios, están deseando y queriendo hacer estas cosas. ¿Y qué hay de todas las otras cosas? ¿Qué hay con el hecho de que hay hombres malvados que desprecian a Dios, y toda su vida se opondrán a Dios en este mundo? Siempre odiarán a Dios. Esto significa que los cristianos sufrirán a manos de hombres malvados. Hay cosas difíciles por venir, aflicciones y pruebas que se acercan, persecuciones que vendrán. Hay pecados que han sido cometidos por nosotros en el pasado que no podemos controlar, y con mucha vergüenza, nosotros cometeremos pecados, cosas que son contrarias a la voluntad revelada de Dios.

Notemos la parte restante de la respuesta a nuestra pregunta, porque en esta petición, también pedimos «que disponga todas las cosas para su propia gloria». Reconocemos que no todos serán llevados a desear el honor del nombre de Dios. Somos conscientes de que hay personas pecadoras y acciones pecaminosas. De hecho, incluso reconocemos que pecamos, que hemos hecho cosas malvadas. Sin embargo, esto nos recuerda que Dios es capaz de dirigir incluso esas cosas malas para su gloria. En este tema, hay mucho que nos resulta misterioso. Hay mucho que nos cuesta entender.

Sin embargo, una historia, con la que quizá estés familiarizado, puede ayudarnos. Conoces la historia de José. Si no la conoces, te animo a que, después de esta lección, te sientes y dediques un tiempo a leer desde Génesis capítulo 37 hasta el capítulo 50 de Génesis. A medida que lo leas, descubrirás la historia de José. Quien fue traicionado por sus hermanos. Lo odiaban por ciertos regalos que su padre le había dado, y por los sueños y visiones que Dios le había mostrado. Y en una ocasión, hicieron un plan para asesinarlo. Sin embargo, acabaron vendiéndolo a unos ismaelitas, que se llevaron a José a Egipto. Entonces en Egipto, José fue hecho esclavo. Y mientras era favorecido por Dios, fue acusado falsamente por la esposa de su amo, por lo que fue encarcelado. Aun así, eventualmente, Dios bendijo a José después de mucha angustia y vergüenza. Y al final, Dios utilizó a José para proporcionar un lugar de refugio a su padre, e incluso a sus hermanos, que lo habían maltratado y abusado de él. En Génesis 50, al final de la historia, los hermanos de José están preocupados de que todos sus actos malvados provoquen que José se vuelva contra ellos. Pero observemos a José y su perspectiva, y dónde estaba su atención. Lo vemos en Génesis 50, versículos 19 y 20: «Y les respondió José: No temáis; ¿acaso

estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo». José no era un hombre perfecto, pero a José se le había dado una perspectiva de acuerdo con la Palabra de Dios, y su experiencia de prueba, el ejercicio de la fe, y ahora esta evidencia de la misericordia de Dios lo llevaron a discernir esta verdad de que incluso en las dificultades, incluso en las consecuencias de los pecados de otros y nuestros propios pecados, Dios es capaz de obrar todo junto para bien. Esto es algo que debemos recordar. Dios es capaz de manejar incluso las cosas más perversas que los hombres hacen, y usarlas para el bien.

Ahora debemos decir, que esto no excusa al pecador en lo absoluto. Por el contrario, da testimonio de la maravilla de la gracia de Dios, que es capaz de dirigir todas las cosas, o, como dice nuestro *catecismo*, de disponer todas las cosas para su gloria y el bien de su pueblo. Y aquí hay un estímulo para su pueblo. En Romanos 8, versículo 28, Pablo escribe: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados». Esto es un gran consuelo para el creyente. Dios hace todas las cosas, y dispone de todas las cosas para el bien de su pueblo que lo ama, que son los llamados según su propósito. Ahora esto es por lo que estamos orando. «Oh Dios, por favor, permítenos a nosotros y a otros glorificarte, aún a aquellos en quienes no estás obrando, quienes serán dejados a su pecado, y se opondrán a ti en esta vida, dirige todas las cosas para tu gloria y nuestro bien». Esto es un gran consuelo.

Habrán momentos, si aún no los has tenido, en los que enfrentarás un profundo dolor, tristeza, pena, y te quedarás con la pregunta: «¿Cómo puede esto promover la gloria de Dios?». Bueno, aquí hay una petición que puede ayudarte en ese momento. «Señor en mi pena, en mi pérdida, en mi dolor, en mi sufrimiento, en el sufrimiento de mis hermanos, en el dolor de mis hermanos y hermanas, santificado sea tu nombre. Dirige todas estas cosas para glorificar y santificar tu nombre en nosotros y por nosotros». Dios es capaz de hacer eso, y lo hace, cuando fijamos nuestra mirada en Él.

Para terminar, si vamos a orar como Cristo nos enseña a orar en esta primera petición, necesitamos estar seguros de entender lo santo que es Dios. Nunca pediremos sinceramente que Dios haga que su nombre sea santificado entre nosotros, a menos que primero veamos cuán glorioso y majestuoso es el nombre de Dios. Esto significa que necesitamos meditar en Él. Necesitamos tomar su palabra y considerar la revelación de su poder, y su majestad, y su santidad, y su gloria. Debemos leer, orar y meditar. Sin embargo, también debemos recordar que, para hacer esto correctamente, necesitamos la ayuda de Dios. Incluso en nuestra lectura y meditación, confiamos en que Dios hará uso de ello para nuestro bien. En otras palabras, para que incluso empecemos a comprender la santidad de Dios, eso nos llevará a clamar: «Oh Dios, haz que tratemos tu nombre como algo santo». Necesitamos que Dios actúe en nosotros. Así que, vemos de nuevo que la oración es una expresión sincera de nuestra dependencia de Dios y de su gracia. Esto nos recuerda que sólo podemos acercarnos a Dios por gracia. Nunca podremos acercarnos por nosotros mismos como quienes merecen algo de Dios, o como quienes son fuertes, capaces y dignos de recibir algo de Dios. Nos acercamos a Dios como aquellos que dependen totalmente de Él y, sin embargo, con gran confianza en que, a través de Cristo, Él proveerá.

Como un segundo punto, podemos notar otra manera de aumentar nuestro deseo de ver santificado el nombre de Dios mediante un ejercicio más complejo, que es considerar en cuántas maneras su nombre es ofendido y profanada hoy en día. Podemos empezar por nosotros

mismos, y ver qué tan descuidados somos con la Biblia; con qué frecuencia, durante los sermones, nuestra mente se distrae y pensamos en otras cosas; como en los días de oración, nos cuesta incluso formular expresiones. También lo podemos ver en los demás. Y esto debería afligirnos. Al considerar nuestros propios pecados, al considerar los pecados de los demás; al considerar cómo el mundo actual se burla y profana el nombre de Dios, aun así, esto crea, un apetito espiritual. Sentimos el dolor de nuestra alma en la ausencia de santificación del nombre de Dios, y esto nos lleva a clamar: «Oh, Dios, haz que yo y otros tratemos tu nombre con reverencia, porque es santo». Por la gracia de Dios, esto nos impulsa a clamar al Señor para que obre en gracia y misericordia. Así que tómame un tiempo para considerar, no de forma superficial, sino seria, cómo es que existe una gran necesidad de que el Señor promueva el uso santo de su nombre.

Finalmente, que esta petición también te anime. El Señor nos enseña a orar por cosas que le agradan. Esto debería animarnos. A veces nos enfrentamos a circunstancias en las que nos preguntamos: «¿Debería orar por eso o no?». Pero aquí hay algo que Cristo dice: «¡Acércate a Dios y ora por esto!». Recuerda, como mencionamos en una lección anterior, 1 Juan 5:14-15: «Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho». De manera que, al acercarnos a Dios en Cristo y clamar: «Santificado sea tu nombre», pedimos algo conforme a su voluntad, y, por lo tanto, tenemos motivos para comprender que nos escucha, y si nos escucha, tenemos las peticiones que le hemos hecho. Por eso, nos acercamos a Él con confianza, por la mediación de Cristo, y esperamos con ansia su respuesta en misericordia. Que el Señor nos conceda esa fe, y también el deseo de buscar la expansión de la gloria de su nombre ahora y para siempre.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.